Argos
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 9, número 24 / julio-diciembre 2022
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

Los gritos del amor.

Christian Jiménez
-Bolivia-

Esta obra está bajo una *Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional*.

La mañana que caminaron juntos, él no quiso sentir la áspera piel de sus manos rozándole el rostro, ni deseó que aquellos dedos se entrelazaran con los suyos al cruzar la calle.

Igual que su madre, Joaquín detesta verlo cubierto de grasa y que su aliento despida ese aroma agrio.

Ella le enseñó a odiar aquellos pantalones desteñidos que su padre usa siempre que inicia una nueva serie de pinturas en látex. Cuando la colección que tiene pensada la trabaja al óleo, se coloca un overol de goma azul que despide un aroma tan insoportable como el de sus axilas.

No hablan. Sólo caminan rumbo al cementerio.

Hubiera sido más sencillo y rápido tomar el colectivo, sentarse en alguno de los asientos de goma roja y esperar. Pero no. De alguna forma, para ambos, la caminata de los domingos era el único momento en que podían estar juntos y en silencio.

El sonido de los autos, los pitidos de los silbatos de los policías ubicados en cada esquina y las fugaces conversaciones de las personas que pasaban por su lado eran las intermitencias de una ciudad que, a pesar de sus dudas, los alcanzaba y observaba en cada uno de sus pasos.

Al caminar y ver sus sombras proyectadas en la acera, Joaquín recuerda las discusiones que sus padres sostuvieron a lo largo de varias semanas. Algunas de ellas comenzaron desde el amanecer. Otras, iniciaron cuando todos estaban en el comedor, almorzando mientras escuchaban las noticias de la radio. En esos momentos, Carmen se sentaba a su lado para tranquilizarlo y distraerlo con los colores de la comida o indicándole que prestara atención a los pájaros que se revoloteaban por las flores del jardín y que podían verlos a través del cristal de las ventanas cuadradas. Le costaba hacer que su hermano terminara la sopa.

Argos
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 9, número 24 / junio-diciembre 2022
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

Cuando los nervios le traicionaban a Joaquín y terminaba volteando el plato de sopa o arrojando los cubiertos al suelo, ambos terminaban de almorzar en la cocina, mientras las voces de sus padres y la del locutor se acoplaban haciendo indescifrables las palabras.

Sus padres realizaban viajes con frecuencia. Se separaban tras salir del aeropuerto. Viajaban juntos, pero nada más. No deseaban compartir ni su intimidad ni los malos entendidos fuera de casa. Eran libres de hacer lo que quisieran. La condición siempre fue que ninguno de los dos se interpusiera en el camino del otro.

Mientras tanto, él intentaba llenar las hojas del block con círculos y palos.

Cuando aprendió por fin a escribir, los niños de su edad ya realizaban multiplicaciones de tres y cuatro cifras. Eran capaces de ir de un lado al otro sin necesidad de la compañía de un adulto.

A veces Carmen le pone babero para que no se manche la ropa con la salsa de tomate que tanto le gusta.

Se divierte al verlo jugar en los montículos de tierra donde pasa horas tratando de perseguir a las rojas y diminutas hormigas con su torpe dedo.

Escucha que le dice algo, pero no entiende bien a qué se refiere; tal vez quiere que preste más atención al caminar o vea cómo ese otro niño juega con un balón de básquet. No se imagina que su padre le está preguntando si quiere tomar un helado antes de llegar donde su madre.

El camino le parece más largo de lo habitual. Piensa en sus autos a fricción y en las manos de Carmen.

Carmen siempre le hace reír.

Le acaricia el rostro antes de dormir y lo jabona con cuidado todas las mañanas; y desde hace muchos años, contra los deseos de su padre, es la única que entiende a Joaquín cuando mueve los brazos y señala con la mano, casi con los ojos en blanco.

Quizás hay palabras que él no comprende, pero le encanta sentir el olor que Carmen tiene en el cuello.

Sus babas dejadas en la almohada, se secan con los rayos de sol cuando entran por su ventana y él mueve los dedos de sus pies y los observa. Mira el dorso de sus manos y las muerde. Sus dientes aún

Argos
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 9, número 24 / junio-diciembre 2022
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

tienen una serie de puntas filosas en la superficie; los toca y le gusta sentir como su uña va arrastrándose por esas serranías.

En su cuarto hay una puerta que conduce a un baño privado, pero él jamás lo ha usado a solas.

Ahora está con su padre y parece que recorre el camino por primera vez; lo ha visto tantas veces que lo olvida cuando llega a casa y la tarde con sus últimos cálidos reflejos de sol, le hacen cerrar los párpados en el arrullo que le produce la voz de Carmen cuando, ella, quizá por décima vez en la semana, le cuenta ese pasaje del cuento en que la princesa escapa del castillo encantado envuelta en los brazos de ese joven de cabellos negros y ondulados que sólo le dice que la ama y que la amará hasta que se acaben los tiempos.

Su padre cree que en algunos meses podrán mudarse a un departamento con pocos cuartos. Desde la muerte de su esposa no recibe visitas y ha dejado de ir a los lugares que ella prefería. Mantiene cerradas las cortinas y para muchos es como si nadie viviera en aquella construcción de principios de siglo.

Ha llegado a pensar que con el dinero que obtendría por la venta de la casa, resultaría más cómodo y útil internar a Joaquín en un centro donde pudieran ocuparse de él con cuidado y que tal vez…, con el tiempo… algo bueno pueda suceder.

Sueña con que Joaquín responda a todas sus preguntas. Sin embargo, se resigna. Sabe que para que llegue ese momento, aún falta mucho trabajo y tiempo, y dinero. Dinero que se le escapa entre las manos, su trabajo ya no es tan rentable como los años anteriores, las inversiones han bajado y la guardia civil no hace nada para detener a los que transportan su mercadería sin pagarle lo que corresponde.

Joaquín se entretiene con las palomas que va espantando a su paso.

Si tan solo su padre le soltara la mano, él también se lanzaría a volar y vería todo desde lo alto del cielo y respiraría un aire tan puro que sus ojos empezarían a lagrimear. Gritaría tan fuerte que los hombres desde el suelo levantaríamos la cabeza y posaríamos la mirada en el circular vuelo que realiza con toda la energía que ha guardado todos estos años.

Porque al final, tú y yo, sólo somos gente pasando por las calles, teniendo miedo de la ira de Dios y de que se desplome a nuestros pies. Pero Joaquín intenta remontar el horizonte buscando alguna fuente de donde beber el agua que lo refrescará después de haber estado tan cerca del sol como en sus sueños.

Argos
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 9, número 24 / junio-diciembre 2022
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

Se acercan al cementerio y cada vez hay más personas. Algunos los observan. La mayoría, pasa de largo. No se preocupan por ellos.

No reparan en las manos de Joaquín que se mueven entre las flores. Las floristas lo conocen y saben que es inofensivo y que, si las estruja demasiado, su padre pagará por el daño.

Ese momento su padre vuelve a preguntarse por qué está ahí.

Lo ha olvidado y ha sido mala idea salir con Joaquín a caminar. Deberían haber tomado un taxi de la puerta de su casa. Ahorrarse todo ese trámite de intentar ser un buen padre para su hijo.

Compra algunas flores.

Ha dejado de preocuparse de escoger las mejores. Ahora simplemente recibe aquellas que la florista le entrega.

Aún recuerda cómo se reza, pero prefiere hablar con ella.

No siente que ella, desde el lugar en donde se encuentre, lo pueda ayudar. Así, dejará de hablar de Joaquín, será una amiga que ha dejado de estar presente. No más que eso.

Necesita volver rápido a casa. Es domingo de fútbol y esta tarde se definirá si España pasa o no a la final. Quiere tomar un whisky acompañado con papas fritas. Olvidarse de su trabajo y de la recámara de Joaquín. Desea dejar de pensar en Carmen y en el jardín que desde hace meses tiene descuidado. Quiere volver a sentir placer cuando se masturba en la ducha.

Antes de entrar en el mausoleo, mira a Joaquín. Le quita los lentes, se los lleva a la boca y exhala sobre los cristales de plástico. Luego, con su pañuelo celeste, los limpia con cuidado. Los ve al sol y queda satisfecho, sonríe un poco y se los coloca de nuevo. Joaquín también le sonríe y dice algo que su padre no alcanza a entender.

Le toma la mano con fuerza y acelera el paso.

A Joaquín le gustaría decirle a su padre que le duele la mano cuando se la aprieta de esa forma.

Desea hablar como un chico normal para quejarse cuando sus primos le colocan chicle en el cabello o le quitan los autos metálicos con los que juega aquellas tardes de sábado. Odia como luego Carmen tiene que cortarle el cabello de forma desigual con el fin de quitarle ese amasijo azucarado que tiene encima. Cuando por la ventana los ve llegar, se encierra en su habitación y bajo su cama oculta todos sus juguetes.

Ahí está ahora. Tú y yo lo vemos en la puerta del Mausoleo.

Argos
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 9, número 24 / junio-diciembre 2022
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

Su padre le quita los ojos de encima y los pone en el muro donde están, uno al lado del otro los nichos. Busca el de su mujer. Ese nombre, que tantas veces ha leído, ahora ya no suena como antes.

A Joaquín lo observamos mientras se agacha para tocar con el dedo índice ese insecto que acaba de salir debajo una de las piedras que pisaba. Lo mueve. Lo molesta.

El bicho color guindo se mueve con rapidez tratando de esquivar el dedo de Joaquín. Y él ríe y grita. Ya no vemos a su padre. De seguro adelantó sus pasos.

Y desde donde está mira la forma en que Joaquín se arrodilla. Lo ha logrado. Lo toca, lo tiene entre los dedos y de golpe lo suelta y comienza a llorar.

Sus gritos te alarman y quieres ir junto a él para ver qué ha pasado y te detienes porque lo ves revolcarse en el suelo. Su rostro está completamente rojo y su ropa está echa un asco. Desde dentro del mausoleo le gritan su nombre.

Algunos segundos después, vemos que su padre llega a su encuentro y lo trata de incorporar, pero no puede. Las personas que caminan rumbo a los nichos donde presumen que descansan sus familiares, son como nosotros y hacen lo mismo. Se detienen y ven la escena sin hacer ni decir algo que los pueda ayudar.

Desde donde estamos no se puede distinguir qué está pasando. Joaquín no deja de llorar y su padre le toma las manos. Descubre que una de sus falanges está morada y completamente hinchada, casi transparente.

Su rostro se contrae. Asustado mueve los ojos. Busca con la mirada entre las piedras del suelo y lo ve. Está quieto, y aún con el aguijón levantado se esconde cerca de unos pastos que lograron emerger entre las baldosas de cemento. Su padre lo reconoce al instante y él que sabe tan poco de su hijo, empieza a pedir ayuda y grita.

Nosotros aún no hacemos nada.

Una mujer le da las flores a su hija y corre hacia la derecha. Varios hombres sin decir nada, también empiezan a correr, pero se dirigen a la puerta de ingreso. De pronto todas las personas que estaban quietas y en silencio, van formando un círculo alrededor de ellos.

Se oyen preguntas y varios se agachan e intentan controlar a Joaquín, que en todo este tiempo no ha dejado de llorar ni de patalear.

Argos
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 9, número 24 / junio-diciembre 2022
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

Un montón de bocas como parlantes, saturan el aire.

Entretanto, el padre de Joaquín piensa en su hijo y en las flores que la gente está destrozando con sus pisadas al intentar ayudarlos.

Se intenta incorporar, pero los brazos de Joaquín lo enlazan y lo jalan al suelo.

Su padre imagina que pronto llegará la ambulancia, que los gritos cesarán y que el partido de fútbol de la selección española, con suerte, lo podrá ver en diferido. Siente el sabor de las papas fritas escapar de su paladar y no sabe si es correcto sentirse decepcionado o angustiado.

Ve como Joaquín está cada momento más y más colorado y ya no es sólo su dedo lo que se ha vuelto transparente. Ahora también su brazo se ha hinchado y ve la forma en que sus venas se convierten en líneas finas, interminables e intermitentes. Iluminadas con el correr esporádico de la sangre.

Se acerca a Joaquín y comienza a hablarle.

Se olvida de todos los estamos a su alrededor.

Joaquín babea y grita, entorna los ojos; mira al cielo, pero también a su padre. Lo reconoce y sonríe un poco, pero más saliva espumosa le sale de su boca, y comienza a perder calor, su padre lo abraza con fuerza y mientras se balancea, le dice: “Shhh, tranquilo… tranquilo hijito, ya pasará… shhhh”.

Empieza, entonces, a contarle una historia, aquella que siempre le contaba cuando lo veía inquieto y sin ganas de dormir.

Observa el rostro de su hijo y piensa que sonríe al escuchar su voz.

Tú y yo sabemos que Joaquín no sonríe. Está a punto de quedarse dormido.

Todo su cuerpo empieza a detenerse.

Oímos la forma en que su padre le cuenta esa vieja historia, ahora que es tarde y no hay nada más de qué hablar.